

diéndole el trono y prometiéndole el reconocimiento y la gloria, y en fin, las alocuciones dirigidas desde el destierro á su pueblo para recordarle á su rey, son dignas por el estilo, de su rango, de la elevacion de su alma, y de su infortunio. Se complacia en reinar al menos de aquel modo por medio de una correspondencia con su siglo. Ninguno de los cortesanos fieles, pero medianos que le rodeaban era capaz de redactar aquellos documentos. Los escribia solo respetando su papel ante la posteridad, y su talento de literato ante sí mismo. Ningun rey, desde Dionisio de Siracusa, ni desde Federico de Prusia, habló ni escribió mejor desde el destierro, ni desde el trono.

XIX.

El manifiesto que publicó en aquella época con motivo de la muerte del delfin, y de su propio advenimiento al trono, es una muestra en su estilo y de sus miras. «Al privaros, decía á sus pueblos, de un monarca, que solo ha reinado en la prision, pero cuya infancia prometia un digno sucesor del mejor de los reyes, los impenetrables decretos de la divina Providencia, nos han transmitido con la corona la necesidad de arrancarla de las manos de la rebelion, y el deber de salvar á la patria, que una revolucion ha colocado al borde de su ruina. La experiencia os ha hecho conocer de un modo terrible vuestras desgracias y sus causas. Hombres impíos y facciosos, despues de haberos seducido con mentidas declamaciones y falaces promesas, os arrastraron á la irreligion y la rebelion. Desde aquel momento os ha inundado por todas partes un diluvio de calamidades. Fuisteis infieles al Dios de vuestros padres, y ese Dios justamente irritado, os ha hecho sentir el peso de su cólera. Fuisteis rebeldes á la autoridad que habia establecido para gober-

naros, y un despotismo sangriento, una anarquía no menos cruel, sucediéndose alternativamente, os han despedazado sin cesar con un furor siempre creciente. Vuestros bienes llegaron á ser presa de los bandidos en el momento en que el trono lo era de los usurpadores. La esclavitud y la tiranía os han invadido en cuanto la autoridad real cesó de cubriros con su égida. Propiedad, seguridad, libertad, todo ha desaparecido con el gobierno monárquico.... Es preciso volver á esa religion santa que habia atraído sobre la Francia las bendiciones del cielo: es necesario restablecer el gobierno que durante catorce siglos fué la gloria de la Francia y las delicias de los franceses, que hizo á vuestra patria el mas floreciente de los Estados, y á vosotros el mas feliz de los pueblos. Los implacables tiranos que os tienen esclavizados son los que únicamente retrasan ese dichoso momento. ¡Despues de haberlo arrebatado todo, nos pintan á vuestros ojos como un vengador irritado!... Conoced el corazon de vuestro rey, y confiadle el cuidado de salvaros.

«No solo no miraremos como crímenes unos simples errores, sino que hasta los crímenes que estos hayan producido, serán veniales para nosotros. Todos los franceses que abjurando opiniones funestas acudan al pie del trono, serán bien recibidos. Los que dominados todavía por una cruel obstinacion, no se avengan á la razon y al deber, serán nuestros hijos.... ¡Somos franceses!... Los crímenes de algunos malvados no pueden envilecer este título.... Hay sin embargo delitos, (que no pueden borrarse de nuestra memoria ni de la de los hombres), hay delitos cuya atrocidad pasa los límites de la clemencia: (eran los regicidas), á esos mónstruos, ¡no podrá la posteridad nombrarlos sin horrorizarse!... La Francia entera pide que caiga sobre sus cabezas la espada de la justicia. El sentimiento que nos hace restringir la venganza de las leyes á límites tan estrechos, es una prenda segu-

ra de que no consentiremos venganzas particulares....
¿Quién se atrevería á vengarse cuando el rey perdona?...»

XX.

Después del tratado de Basilea que desarmaba á la Prusia y á la España, solicitó del gobierno inglés recursos de hombres y armamentos, que le permitiesen, decía, reconquistar su reino.

Escribió al duque de Harcourt, su enviado en Londres, una carta, llena á un mismo tiempo de destreza y de arrojo, con la doble intencion de escusarse de no haberse presentado en la Vendée, como prometiera á Charatte, y con la de pedir de un modo estrepitoso á la Inglaterra un ejército que sabia muy bien le habia de negar.

«Mi situacion, decía, es semejante á la de Enrique IV, excepto que él tenia muchas ventajas con que yo no cuento. ¿Estoy como él en mi reino? ¿Estoy á la cabeza de un ejército dócil á mi voz? ¿He ganado la batalla de Contras? No; me encuentro en un rincón de la Europa, y una gran parte de los que combaten por mí no me han visto jamás. Mi inactividad forzada dá á mis enemigos motivos para calumniarme, y aun me espone á juicios desfavorables por parte de los que me permanecen fieles... ¿Puedo conquistar de este modo mi reino?... Os dirán que las ventajas de mi hermano el conde de Artois, á quien se permite bajar hasta la Bretaña, son decisivas, y que me conducirá á mis Estados. Dios es testigo, y vos lo sabeis, querido duque, vos que conoceis el fondo de mi corazón, de que oíría con efusion el grito de los israelitas «Saul ha muerto mil hombres, y David diez mil!» Pero mi júbilo como hermano, no salva mi gloria como rey. Y lo repito, si no adquiero gloria personal, mi

reinado podrá ser tranquilo por efecto del cansancio general, pero no podré construir un edificio duradero.... No creais que me hace hablar así la sangre de Enrique IV que circula por mis venas... No; he reflexionado: mi vida no es indispensable para la monarquía. Tengo un hermano y sobrinos que pueden reinar después de mí. Si fuese muerto, lejos de desanimar este incidente á mis fieles súbditos, mis vestidos, teñidos con mi sangre serian la mas arrebatadora de las enseñas... Me separan del ejército de Condé, que en este momento permanece inactivo.... ¿Qué me queda? La Vendée. ¿Quién puede llevarme á ella? el rey de Inglaterra. Decid á sus ministros en mi nombre, que les pidó mi trono y mi sepulcro.»

XXI.

Este lenguaje trágico y teatral estaba hábilmente combinado para imprimir en el ánimo de los vendeanos la conviccion de un héroeico deseo de combatir con ellos, y para adornar á los ojos del mundo con palabras decorosas á su papel una inaccion que debia presentarse forzada para que no pareciese voluntaria. Nada impedia entonces á un príncipe desesperado correr á donde acudia sin obstáculo alguno el último noble de su reino. La Vendée estaba aun en su apogeo, y la Inglaterra la suministraba en aquel mismo momento millones, refuerzos, municiones y escuadras. Pero Luis XVIII no tenia de Enrique IV mas que su sutil y elocuente inteligencia. No habia sido criado ni educado para las aventuras, los peligros y las privaciones de la guerra civil. Político consumado, el trono, el estudio y las dulzuras de la vida eran sus campamentos, y la pluma su espada. Se escusaba atribuyendo á la fortuna el alejamiento de los campos

de batalla, que tanto convenia á la molicie de sus inclinaciones.

XXII.

Entonces llevaba el título de conde de Lila. Permanecía encerrado en su residencia con cinco ó seis cortesanos, elegidos por la amistad mas que por el mérito. Desde muy temprano se vestia y ceñia la espada con todo el rigor de la etiqueta real. Pasaba la mañana solo ocupado en leer su numerosa correspondencia ó en escribir á sus agentes en todas las córtes. Se complacia en engañarse á sí mismo acerca de la vaciedad de sus ocupaciones con la apariencia del gobierno. Al medio día daba audiencias, y encantaba á los que le visitaban, especialmente á los literatos, con la gracia y la solidez de su conversacion. Cuidaba de su nombradía como de su persona. Se ocultaba de las miradas del pueblo y se rodeaba del misterio que produce el respeto de la opinion. Salia rara vez, y siempre en coche: por la noche se limitaba al pequeño círculo de sus amigos, y hacia que le leyesen, ó leía él mismo, las obras notables y los periódicos de aquel tiempo. El conde de Avaray, gentil-hombre que le era muy adicto desinteresadamente, gobernaba su casa y servidumbre. El rey habia perdido á su esposa durante el destierro, y habia casado á su sobrina, hija de Luis XVI, con su sobrino el duque de Angulema, y la trataba como á una hija querida. Adornaba su trono y enternecía su adversidad con aquella victima y huérfana del regicidio. Sobrellevaba su desgracia con magestad. Vivía con una pension de ochenta mil reales mensuales que le daban los Borbones de España: la mayor parte de aquella suma la empleaba en el pago del sueldo de sus amigos y servidores. Aun en aquella indigencia habia conservado la costumbre de hacer limosnas ré-

gias. No queria que un rey manifestase nunca su mano al pueblo sin algun beneficio, por mínimo que fuese el don, y guardaba con una estremada escrupulosidad de actitud y de language la dignidad de su sangre y de su rango.

XXIII.

Intimidada Venecia por Bonaparte, insinuó al rey su huésped que dejase á Verona, ciudad de los Estados venecianos de tierra firme: «Marcharé, contestó con desdenosa indignacion á los enviados encargados de notificarle aquella órden; marcharé, pero exijo dos condiciones: la primera que se me presente el *Libro de oro*, en donde se halla inscripto el nombre de mi familia, para que yo le borre para siempre con mi mano; y la segunda que se me devuelva la armadura que mi abuelo Enrique IV, regaló á vuestra república.»

Espulsado de Venecia se presentó un momento en el ejército de Condé, y pasó revista á sus nobles. Escribió á Pichegrú, general del ejército de la república con quien sus agentes le habian hecho creer que tenian concluidas negociaciones: «La historia, le decia, os ha colocado ya en el rango de los grandes generales, y la posteridad confirmará el juicio que la Europa ha formado de vuestras victorias y virtudes. Desde el primer dia habeis sabido unir el valor del mariscal de Sajonia al desinterés de Turena y á la modestia de Catinat. No os separais en mi memoria de esos nombres tan gloriosos en nuestros fastos. Vuestra gloria eclipsará la suya, porque tengo la confianza de que cumplireis los altos destinos que os aguardan. El príncipe de Condé os ha manifestado ya hasta qué punto estoy satisfecho de las pruebas de adhesion que me habeis dado; pero lo que no ha podido expresaros como lo siento, es la impaciencia que esperi-

mento de publicar vuestros servicios y daros las mas brillantes muestras de mi confianza. Si los acontecimientos os obligan algun dia á dejar vuestra patria, teneis señalado vuestro puesto entre Condé y yo.»

Aquella negociacion con Pichegrú apenas era una tentativa de corrupcion de algunos agentes interesados en hacer creer su importancia y en explotar la credulidad de las córtes desterradas. Pichegrú no dió mas que esperanzas muy vagas. Verosimilmente él mismo se valió de aquellos agentes para conocer y prevenir las disposiciones de los generales enemigos: no hizo ninguna promesa ni escribió jamás una palabra: tampoco ejecutó ninguna de las medidas convenidas, segun los agentes, con el príncipe de Condé. Los medios de restauracion que se le proponia por la derrota de sus tropas y por la traicion de su propia gloria, eran tan ineficaces como ridiculos. No podia concebirlos mas que un insensato. Pichegrú titubeaba y era desafecto á la Convencion, pero era hábil y político. Dejó vislumbrar algunas predisposiciones, verdaderas ó falsas, favorables al restablecimiento de la dignidad real, en sus sospechosas conversaciones con los officiosos mediadores de los príncipes. Mas no por eso dejó de batir y dispersar al ejército austriaco y al de los príncipes. Si acaso pensó en el papel de Monk, desempeñó el papel de general de la republica. La historia debe desgarrar esas páginas calumniosas: hubo intrigas, pero nada de traicion. Cuando despues de cierto número de años se acude á testimonios verídicos, se concluye siempre por reconocer que la verosimilitud es en todo el mejor síntoma de la verdad.

XXIV.

Despues de un simulacro de campaña durante pocos dias con el ejército de Condé, campaña que se redujo á algunas marchas y contramarchas en derredor de Fribur-

go, á las orillas del Rhin, el rey pretestó que aquella retirada podia producir muchos peligros, entre ellos el de ser envueltos por Pichegrú, para dejar bruscamente el ejército. Cuando llegó á Dillingen, pequeña poblacion del electorado de Tréveris, á orillas del Danubio, fué, segun dicen los escritores de la emigracion, víctima de un asesinato misterioso. Un tiro de carabina, disparado por casualidad ó con criminal intento, pasó rozándole la cabeza, cuando se hallaba tomando el fresco en el balcon de su posada, en medio de sus cortesanos. Aquel atentado sin motivo, en una ciudad alemana de los estados de su tio, en donde ninguno tenia interés ni odio contra un príncipe fugitivo, reemplazado en caso de morir por otros seis príncipes de su sangre, sirvió al menos de ocasion para una espresion real que manifestaba la sangre fria del príncipe. El conde de Avaray se precipitó con los duques de Grammont y de Fleury al lado del rey, y manifestándole su espanto de que la bala hubiese pasado tan cerca del sitio de la vida: «Pues bien, amigos míos, dijo sonriéndose el príncipe, si la bala hubiese tocado una linea mas abajo, el rey de Francia se llamaria en este momento Cárlos X.» Por el ejército de los emigrados se divulgó la noticia de aquel crimen frustrado, con sus circunstancias, la sangre fria y las palabras del rey. «¡Qué placer, escribió el rey al príncipe de Condé, qué placer hubiera sido para mí el recibir esa herida en el campo de batalla de Frisenheim! Decid de mi parte á mis valientes compañeros de armas que estoy en extremo reconocido al sentimiento que han manifestado al saber mi accidente. En todos tiempos, en todas partes y en todas circunstancias tendrán en mí un padre!...» El rey necesitaba un pretesto, y aquel conato de asesinato le era muy útil para alejarse, sin parecer sospechoso, por sus riesgos personales. Daba un carácter trágico é interesante al drama siempre teatral de la dignidad real.

Aquel drama le sirvió de motivo para internarse mas en Alemania, y retirarse á Blankenbourg pequeña poblacion en las montañas del ducado de Brunswick. Allí, alojado estrechamente como un huésped de paso, en la modesta casa de un fabricante de cerveza, rodeado de sus dos jóvenes sobrinos los duques de Angulema y de Berry, de su sobrina, sus ministros, sus empleados superiores, sus cortesanos, sus amigos, de su capitán de guardias, los duques de Villequier, y de Fleury, el conde de Avaray, el conde de Cossé, comandante de la guardia suiza, el marqués de Jancourt, el duque de la Vauguyon, el mariscal de Castres, sus gentiles hombres, sus capellanes, y de todo el aparato eclesiástico y cortesano de que iba acompañado, representaba en pequeño la corte y la etiqueta de Versalles. Diferente de Dionisio de Siracusa que enseñaba á los niños en Corinto, no sabia mas oficio que el de rey, y le ejercia aun entre los aldeanos de Brunswick: hubiérase dicho que su largo destierro no era mas que la repeticion de un reinado. La misma solemnidad presidia á cada uno de sus actos y de sus pasos. Las ceremonias del culto, la hora de levantarse, los consejos, las comidas, la tertulia y el juego, estaban distribuidos con la etiqueta uniforme de los palacios. Desde allí daba y retiraba los poderes á todos sus comisionados en las provincias. Reinaba idealmente en sus Estados cuyo mapa tenia siempre á la vista. Alentaba á sus ejércitos con proclamas, y á los gefes con palabras. Escribia con un estilo cargado de alusiones épicas al mariscal de Broglie hablando de su hijo que se habia distinguido á orillas del Rhin: «Las antiguas crónicas refieren que el Cid era el último de los hijos de don Diego de Vivar, y que le sobrepujó, segun cuenta toda España. Adios, mi querido mariscal.»

Desanimado de conseguir la restauracion por medio de las armas, el rey creia lograrla con la intriga. En Francia habia ocurrido una reaccion contra-republicana. Pichegrú, que habia llegado á ser miembro de la representacion, pero siempre soldado, prometia un general contra el Directorio, al comité contra-revolucionario de Clichy. El rey y sus amigos no dudaban que la caida de la república á impulsos de los conspiradores no fuese la señal de una restauracion. Entre la Francia y él, no veia al pueblo y al ejército; no veia mas que al Directorio. Barrás, con un movimiento brusco y decidido, previno á los conspiradores, y con auxilio de los republicanos, los obligó á espatriarse. El golpe de estado del 18 fructidor, absuelto porque era un golpe defensivo, salvó á la república, y alejó las esperanzas del rey. Barrás no podia dar un mentis mas solemne á las ambiciones y venalidades con que los agentes de Luis XVIII suponian haberle encadenado. Hizo prender, juzgar y fusilar á los mas osados de aquellos negociadores. El rey atribuyendo aquellos reveses, hijos de la fuerza de las cosas, á la impericia de su ministro, el duque de la Vauguyon, mudó el ministerio, y depositó su confianza en el mariscal de Castres y en Mr. de Saint-Priest. Ya puede calcularse la influencia que ejerceria sobre las opiniones en Francia, sobre el gobierno de Paris, y las maniobras de los ejércitos en el continente, el cambio de dos ministros de un reinado oculto en casa de un cervecero de Blankenbourg. Mas no por eso el rey dejó de proseguir su política ideal, afectando representar su papel desapercibido de soberano de la Francia en los asuntos de la Europa, que apenas sabia el lugar de su retiro. Largo sueño de rey.

Finjió creer que todos los diputados proscritos en París el 18 fructidor eran víctimas adictas á su causa. «Si sabeis el sitio, escribia á uno de sus agentes en Lyon, á donde se han retirado algunos de vuestros dignos colegas, sed mi intérprete para con ellos. Decidles que tienen parte en los sentimientos que acabo de espresaros. Añadidles que este revés no abate mi inalterable constancia, ni mi tierno afecto hácia ellos, y que tengo la dulce y firme confianza de que su decidida adhesion á los verdaderos principios de la monarquía, no será ya alterada.»

Las victorias de la Francia en Italia, y el tratado de paz entre la república y el Austria en Campo-Formio, obligaron á la Alemania á negar cobardemente la hospitalidad á la fugitiva córte del rey. La Rusia le ofreció un asilo en Mittau, capital de la Curlandia, en donde aquel príncipe fué recibido como un monarca. Paulo I, irritado entonces contra la Francia, se vengaba coronando solo al soberano rechazado por su pueblo, y vendido por la Europa. Se encargó de pagar el sueldo de su guardia, le rodeó de un ceremonial respetuoso, le construyó un palacio, y le juró constante amistad y alianza. El palacio, situado fuera de la ciudad, á la orilla de un rio, y junto al camino de Rusia, era un asilo melancólico, pero magistoso, conveniente á un soberano proscrito. Un subsidio de seiscientos mil francos ofrecido al rey por la generosidad de Paulo I, agregado á otro casi igual de la córte de España, le permitió dar mas ensanche á su córte, y recobrar las pompas del trono. Diputaciones de la Vendée y de los comités realistas, verdaderos ó supuestos, del Mediodía y de París, fueron á recibir sus órdenes. Tomó una parte verbal en todas las transacciones de aquel tiempo. Aparentó, en consideracion al carácter religioso

de sus partidarios en el Oeste de la Francia, el confundir su causa con la de la iglesia, y reivindicar el título y los sentimientos de rey cristianísimo. Cuando el papa Pio VII fué arrebatado del Vaticano por los franceses, y encerrado por ellos en la Cartuja de Florencia, el rey le escribió una carta que hizo esparcir por Francia y por Enropa: «Permitid, decia el rey al pontífice perseguido, que la voz de un hijo tierno y respetuoso se eleve hasta vos para espresaros lo que siento yo mismo. Mi tristeza sería menos profunda si los atentados cometidos contra vuestra santidad lo hubiesen sido por otros que no fuesen franceses. Pero, santísimo padre, son hijos estraviados que desconocen en mí á su propio padre: no es extraño que hayan desconocido tambien al padre comun de los fieles. Dignaos no acusarlos y mucho menos á la Francia. Ella es y será siempre el reino cristianísimo, como vuestra santidad será siempre el sucesor de San Pedro. Los únicos culpables son los tiranos que oprimen á mi pueblo. No confundais sus víctimas con ellos, y dirigid vuestras oraciones al cielo, mas agradables que nunca al Señor en estos dias de tribulacion y de prueba, en favor de esa nacion que experimenta de un modo tan terrible los efectos de la cólera celestial.»

Era precisamente el momento en que la Francia, reuniendo todas las fuerzas procedentes de la revolucion, y haciendo un esfuerzo armado, subyugaba la Italia Occidental, poseia á Roma, destronaba á Nápoles, conquistaba la Bélgica y la Holanda, dictaba la paz á la Prusia y al Austria, la alianza á la España, y se presentaba por todas partes próspera y victoriosa. Solo el rey protestaba en nombre de lo pasado contra la fortuna de la Francia.

Souwarow al pasar por Mittau para combatir en Italia, se presentó á Luis XVIII, y le juró vencer ó morir por su causa. El Trebbia y Zurich desmintieron las promesas del salvage lugarteniente de Paulo I.

de Angulema, se vió precisada á vender sus diamantes para aliviar la indigencia de su tío. La Prusia le recibió en Varsovia; pero bien pronto á intimaciones imperiosas de Bonaparte, el rey de Prusia le hizo proponer que renunciase al trono de Francia, recibiendo en compensacion una ámplia indemnizacion territorial en Italia.

«No confundo á Bonaparte, contestó noblemente Luis XVIII, con los que le han precedido. Aprecio su valor, sus talentos militares, le agradezco muchos actos de administracion porque el bien que se haga á mi pueblo me será siempre grato: pero se equivoca si cree hacerme transigir acerca de mis derechos. Lejos de eso, los establecerian sus proposiciones, si esos derechos fuesen cuestionables.

«Ignoro cuales son los designios de Dios acerca de mi raza y de mi, pero conozco las obligaciones que me ha impuesto por el rango en que me ha hecho nacer. Como cristiano, cumpliré esas obligaciones hasta mi último suspiro. Hijo de San Luis sabré á imitacion suya respetarme hasta en cadenas: sucesor de Francisco I, quiero al menos poder decir como él: todo lo hemos perdido menos el honor.»

XXX.

No podia honrarse al infortunio con palabras mas enérgicas. Eran á un mismo tiempo un sentimiento y una venganza. Decian á los reyes que le abandonaban que su adversidad era menos cobarde que su poder.

En vano le amenazaron con la indigencia y la proscripcion europea. «No temo la pobreza, contestó, si es necesario comeré si es preciso pan negro con mi familia y mis fieles servidores; pero nunca me veré reducido á ese extremo. Tengo otro recurso de que poder usar mientras enga amigos poderosos: cuando este me falte haré cono-

XXVIII.

Sin embargo, todo se le escapaba nuevamente en Francia, y todo cedía en Europa al ascendiente que Bonaparte habia heredado de la revolucion. La Vendée, se pacificaba: Georges, uno de sus últimos combatientes, fué á París y vió en secreto á Bonaparte: «No podeis permanecer en el Morbihan, le dijo el primer cónsul, pero os ofrezco el grado de general en mis ejércitos. —Dejareis de apreciarme si le aceptase, contestó Georges; he prestado juramento á la casa de Borbon, y nunca le violaré.» Despues de esta negativa partió para Inglaterra con monsieur Hyde de Neuville, cuya fidelidad llegaba hasta la muerte pero no hasta el crimen. Feliz Georges si no hubiese vuelto para deshorrar su nombre con empresas indignas de un soldado.

XXIX.

Las llanuras de Marengo habian llegados á ser para Bonaparte las de Farsalia. Habia vuelto de ellas como César vencedor del estrangero, dueño de su pais. Luis XVIII le escribia por conducto del abate de Montesquion, para inducirle á que fuese el restaurador de la monarquia. Bonaparte contestó con el establecimiento de su propio trono y con la conquista de la Europa. Hizo á Paulo I un cargo por la hospitalidad que concedia la Rusia á los Borbones. Paulo I cedió ó al entusiasmo por Bonaparte, ó al terror de sus armas. Luis XVIII, espulsado en el rigor del invierno de su residencia de Mittau, tuvo que sufrir durante una larga fuga la intemperie de aquel clima glacial, y la severidad de la suerte. Su sobrina, la duquesa

cer mi situación á la Francia, la tenderé la mano, no al gobierno usurpador, ¡eso nunca! sino á los que me conservan fidelidad en sus corazones, y bien pronto seré mas rico que en la actualidad.»

Bonaparte replicó á aquellos actos y á aquellas palabras con el asesinato del duque de Enghien. Luis XVIII protestó contra el Imperio. «Ese nuevo acto, me impone la confirmación de mis derechos, escribié en una declaración pública. Responsable con mi conducta á todos los reyes cuyos tronos han sido derrocados por los mismos principios, responsable á la Francia, á mi propio honor y á mi familia, creeria hacer traicion á la causa común, si guardase silencio en esta ocasion.»

Devolvió á la corte de España que habia reconocido al emperador, las insignias de sus órdenes, y el subsidio que habia recibido de aquella parte de su familia que aun permanecia coronada. «Con mucho sentimiento, escribia al rey de España, os devuelvo el *Toison de oro*, que vuestro padre, de gloriosa memoria, me habia confiado. No puede haber nada comun entre mí y el gran criminal que la audacia y la fortuna han colocado sobre mi trono, desde que ha tenido la barbarie de tenirme con la sangre inocente de un Borbon, el duque de Enghien. La religion puede conducirme á perdonar á un asesino, pero el tirano de mi pueblo debe ser siempre mi enemigo. En el siglo presente vale mas merecer un cetro que empuñarle. La Providencia, por razones incomprensibles á nuestra inteligencia, puede condenarme á concluir mis dias en el destierro; pero ni la posteridad ni los contemporáneos podrán decir, que en el tiempo de la adversidad me he mostrado indigno de ocupar el trono de mis antepasados.»

XXXI.

Por única respuesta á aquellas palabras verdaderamente regias, la Prusia hizo poner presos en sus fortalezas á uno de los consejeros del rey, Imberto Colomés, y al conde de Precy, intrépido defensor de Lyon contra la Convencion. El rey de Suecia era el único que en Europa no calculaba la fuerza sino el derecho de los tronos. Luis XVIII y su hermano el conde de Artois, fueron á Colmar en sus estados, á conferenciar con aquel príncipe, vengador caballeresco, pero impotente de los reyes. Despues de aquella entrevista redactó una nueva declaración á sus pueblos, en la que admitia por fin una transaccion política entre el derecho absoluto de las soberanías legítimas, y el derecho de representacion de los pueblos. Aquella declaración tenia dos objetos: negociar con el espíritu de un siglo que arrastraba á las opiniones muy lejos de las preocupaciones del derecho divino de las monarquias, y captarse la opinion en Inglaterra, que no podia armarse mas que por reyes constitucionales.

XXXII.

El asesinato de Paulo I y el advenimiento del emperador Alejandro al trono de Rusia, devolvian por un momento á Luis XVIII el asilo de Mittau. Desde allí hacia penetrar todavía en Francia por medio de sus agentes, las quejas de sus infortunios, y los nuevos principios que contaba fuesen el alma de su gobierno. «¿Qué mas queis que diga á mis pueblos?... escribia á sus mediadores ocultos en París. En Europa creen que no hay que hacer nada por mí. Por otro lado, mis amigos en Francia

me acusan de abandonarlo todo. Colocado entre ambos partidos, en vano les dirijo la palabra. ¿Qué instrucciones puedo daros?... Se pide que hable de nuevo: ¿y á quién?... ¿y con qué lenguaje? ¿No está comprendido todo en mi declaracion de Colmar?... ¿Se trata de tranquilizar á los militares?... Conservacion de grados, ascensos proporcionados á los servicios, abolicion del privilegio de la nobleza en la clase de oficiales.... ¿Se trata de lo civil?... Conservacion de los empleos. ¿Se trata del pueblo?... Abolicion de la conscripcion, del impuesto personal. ¿Se trata de los nuevos propietarios de bienes nacionales?... me declaro el protector de *los derechos y de los intereses* de todos. ¿Se trata de los culpables?... prohibo las persecuciones, anuncio la amnistia, abro la puerta del arrepentimiento á todos. Si alguna vez me encuentro en el caso de Enrique IV de rescatar mi reino, entonces daré poderes: pero en este momento, ¿qué puedo?...»

XXXIII.

El jóven Alejandro al partir para la campaña de Jena, fué á visitar á su huésped á Mittan. Ambos soberanos se presentaron mutuamente como amigos, y conversaron largo tiempo á solas. La edad, los achaques de Luis XVIII, su experiencia del infortunio, y la superioridad de su talento, daban al rey desterrado la actitud de un padre que aconsejaba á su hijo. Alejandro enternecido, se prometia servir por medio de sus armas, aquella causa abandonada del mundo y recogida en sus estados. Pero volviéndose contra él la victoria, le hizo mudar de pensamiento y desear verse libre del embarazo de aquella hospitalidad que le hacia sospechoso á Napoleon. El sentimiento de aquel abandono pesó desde entonces sobre el alma de Alejandro. Se avergonzó de su debilidad, y el remordi-

miento que por ello experimentaba sin saberlo, le hizo abandonar la causa de las monarquías antiguas, para arrojarse enteramente en los brazos de la amistad de Napoleon. Desde ese dia, aquel príncipe tuvo cierta repugnancia á la restauracion de los Borbones.

XXXIV.

El rey lo comprendió, y se alejó de un asilo en que la amistad no honraba ya la hospitalidad. El rey de Suecia le prestó una fragata para trasportarle á Inglaterra, en donde desembarcó con todos los suyos. El gobierno británico, cansado de las intrigas de la emigracion, y de los auxilios siempre inútiles que habia dado á sus empresas en la Vendée, vió con disgusto el desembarco del rey en el suelo inglés. Temió comprometerse por su causa mas de lo que convenia á sus intereses y sus miras políticas sobre el continente. Quiso confinarle á Escocia en el antiguo palacio de Holy-Rood, el San German de los soberanos destronados. El rey, que habia desembarcado en Yarmouth, declaró que volveria á arrostrar todos los destierros del continente, antes que consentir en una residencia forzosa en Holy-Rood. Reclamaba los simples derechos de todo ciudadano particular en el territorio libre de la Inglaterra.

El marqués de Buckingham le ofreció su palacio de Gosfield-Hall, en el condado de Essex. Allí vivia como huésped, independiente de la aristocracia inglesa, sin que el gobierno abrazase su causa, ó reconociese su título de rey. El estudio, la familia, y las distracciones campes- tres, dulcificaron allí sus aspiraciones al trono, y tuvo que conformarse con la fortuna de Bonaparte. Desalentaba sus esperanzas, pero no cansaba la apacible obstinacion de Luis XVIII en creer en su vuelta. Bien pronto

aquella fortuna se quebrantó con su propio peso. El rey vió que la decadencia seria tan rápida como la elevacion. Se aproximó á Londres para asistir desde mas cerca á los movimientos eventuales de la política. Se estableció en el condado de Buckingham en el palacio de Hartwell, posesion agreste y modesta de un particular inglés, Mr. Sée. La fortuna de aquel príncipe, disminuida con la falta de los subsidios de España y Rusia, que noblemente habia renunciado, no escedia del mediano pasar de un hidalgo de lugar. Aquella córte casi indigente ahorra las cosas de lujo, para aliviar la miseria de sus compañeros de destierro de Inglaterra. Llegó á ser el oscurecido centro de todos los príncipes proscritos de la casa de Borbon. Desconocido en Inglaterra, el rey estaba olvidado en Francia. Todas sus relaciones con sus partidarios eran interceptadas con motivo de la guerra, ó descubiertas por la policía de Bonaparte. Su amigo el conde de Avaray, obligado por su quebrantada salud á buscar un aire mas templado en Madera, dejó su puesto en el corazon y en el gobierno del rey, al conde de Blacas. Aquel príncipe necesitaba un favorito en la prosperidad, no porque hubiese nacido sensible, sino porque era teatral, y queria que mediase cierta distancia entre el público y su persona. Necesitaba un confidente en la adversidad, porque tenia constantemente algun proyecto político, y le era indispensable una mano que anudase y desenlazase sus negociaciones. Por lo demas, era fiel y perseverante en sus amistades: convertianse en costumbres para él, llegaban á serle amadas y tiernas, y las imponia á su familia y á los que le rodeaban. Quería que se respetase y se consintiese en la autoridad de los favoritos, su propia autoridad. El conde de Avaray, hombre de suma dulzura, modestia é indulgencia, habia templado aquella especie de reinado del favoritismo, con la gracia y la abnegacion de su carácter. El conde de Blacas estaba mas envanecido con el rango que la amis-

tad del rey le habia elevado, y hacia sentir mas su peso.

El papel que fué llamado á representar en la Restauracion, exige que nos detengamos en este nombre.

XXXV.

Era un noble de una familia, soberana en otro tiempo en el Mediodía, pero cuyo nombre, olvidado ya hacia muchos años, se habia confundido con los de las familias nobles pobres de la Provenza, y sin títulos ilustres. Emigrado, ocioso en Alemania, puesto en contacto con Luis XVIII, por el conde de Avaray, su protector, dotado de hermosa presencia, ventaja necesaria para un príncipe que se decidia por la vista; implacable contra una revolucion en que solo veia la insolencia del pueblo contra la nobleza y un sacrilegio del siglo contra los reyes, el conde de Blacas fué empleado por el rey en algunas negociaciones confidenciales cerca de las córtes estrangeras. A su regreso quedó definitivamente en la casa del príncipe desterrado, y ayudó al conde de Avaray en sus trabajos y en el servicio de su amo. La muerte de Mr. de Avaray, á quien reemplazaba, hizo naturalmente que fuese promovido á su rango y funciones de primer ministro. Tenia la familiaridad, y obtuvo la confianza: bien pronto llegó á poseer la amistad sin límites de su amo: no la merecia mas que por su honor y su fidelidad. Adicto en su interior y aun desinteresado, pero soberbio en lo exterior, viéndolo todo en el rey y nada en la Francia; con el talento suficiente, pero mediano, sin cultura, herméticamente cerrado á las ideas que hacia un siglo trabajaban el mundo; incapaz de comprender á su tiempo por medio de la inteligencia, incapaz de flexibilidad por dureza de carácter; llevando á un destierro oscuro y á un reinado de transaccion, todo el orgullo y al-

tanería de las antiguas cortes absolutas, cortesano de Luis XIV despues de una revolucion, presentando el centro á un pueblo nuevo como se presenta el yugo á un pueblo vencido, tan extraño á los sentimientos y costumbres de la Francia revolucionaria, como ésta era extraña á aquella aristocracia póstuma, duro con los servidores inmediatos al rey, oneroso y antipático á su familia, con toda la fidelidad, pero con todo el egoismo de un favoritismo envidioso, no dejando que se acercasen y amasen á su amo, colmado de sus títulos, de sus dones y municencias, labrándose una fortuna espléndida con sus favores, pero compensando todos esos vicios de situacion con una adhesion fanática á la monarquía, y con su constancia en la desgracia, tal era el favorito tan agradable á Luis XVIII en su retiro de Hartwell, y tan funesto en su palacio.

XXXVI.

Luis XVIII, siguiendo con la vista desde Hartwell los reveses de Napoleon, suspendió toda maniobra activa durante los últimos años del Imperio, dejando obrar la ambicion de Napoleon, y que cayese sobre él el reflujó de la Europa. Solo leía los periódicos franceses con una inteligencia que la edad y la paciencia habian aguzado, y que distinguía, aun bajo la adulacion de la prensa vendida á la policia del Imperio, los síntomas de la ruina y de la desafección. Cuanto mas seguro estaba de la caída, menos presuroso se manifestaba en precipitarla. No se le ocultaba la debilidad de la Europa victoriosa, dispuesta hasta el último momento á sacrificar la causa de los Borbones á la paz. Tampoco se le escapaban las dificultades de su propio reinado, pero la fé que tenia en la necesidad de la sangre, formaba una religion de su ambicion. El restablecimiento de un Borbon en el trono

de Francia, le parecia un deber del mismo Dios. Aguardaba su hora como una justificacion de la Providencia: iba por fin á sonar. Su hermano, el conde de Artois, le disputaba y devoraba, decia, aquel reinado, aun antes de que estuviese asegurado.

XXXVII.

Los años, el destierro, las lecciones de la esperiencia, las luces del estudio, el manejo de los negocios y de los grandes proyectos, y sobre todo, la residencia en Inglaterra, suelo clásico de la política, habian aumentado, madurado y consumado aquella inteligencia. En aquel pais de un pueblo libre, de aristocracia liberal, y de monarquía que discute, se respira con el aire la política. Luis XVIII se habia impregnado en ella: sus ideas se habian modificado. Despues de los largos rodeos de Coblenza, Verona y Mittau, habia vuelto del absolutismo, de la teocracia y de la emigracion, á su punto de partida de 1789. Habia comprendido que para concluir con la conquista y el despotismo de Napoleon era preciso un reflujó de la Europa, mas para extinguir la revolucion era necesaria la libertad. Solo que la media en su pensamiento, con la medida de concesiones muy limitadas y siempre revocables, hechas por una autoridad real, superior, anterior, y colocada como un dogma sobre la esfera de las borrascas y de las discusiones.

En aquella época de 1813, la Inglaterra casi entera confirmaba al rey en sus pensamientos. La indignacion contra el terror, la compasion hácia sus víctimas, el asesinato de los príncipes y de las mugeres, la larga anarquía, las doctrinas del jacobinismo último, la lucha desesperada contra Bonaparte, habian llevado la opinion de la Inglaterra á manos de los torys, es decir, de la

monarquía y la aristocracia ligadas con la gran masa del pueblo, contra los excesos y despotismo de la revolución. El espíritu británico era el alma de la Europa, sublevada contra la tiranía de la Francia. Mr. Pitt, en su largo y grande ministerio, había sido el ministro de aquella reacción contra-revolucionaria, el Anibal del patriotismo europeo anti-francés. Su partido le sobrevivía. Los hombres de Estado de Inglaterra vivían con su alma y con sus tradiciones. El principio monárquico prevalecía por todas partes en Londres sobre el principio popular. La opinión casi unánime alentaba á los Borbones á creer en su santa legitimidad. El partido wigh ó popular era repudiado como fautor de los desórdenes del continente, y como que preparaba á la misma Inglaterra la anarquía y la demagogía de la Francia. Mr. Fox y sus amigos, unidos sin elección y sin medida, con los demócratas y aun con los demagogos de 1792 y 1793 de París, habían asustado y escandalizado á su país, con una protección elocuente, pero excesiva, á los hombres y á los actos reprobados por la conciencia de la Inglaterra. Habían hecho de la revolución francesa en sus más siniestros períodos, un medio de tribuna y un elemento de popularidad: habían jacobinizado el partido popular en la Gran Bretaña; por lo mismo, le habían debilitado y estrechado. Es carácter de los oradores y de los partidos ingleses, mezclarse, sin comprenderlos suficientemente, en los asuntos nacionales y políticos del Continente. Mr. Fox, al tomar aquella tintura del jacobinismo de París se había unido por mucho tiempo á la causa de la revolución constitucional y republicana. Aquel hombre, mal juzgado en el Continente, no tenía de hombre de Estado más que la palabra. Hombre de oposición y de popularidad antes que todo, eco debilitado de Mirabeau en el parlamento británico, rival impotente de Mr. Pitt, la verdadera personificación de las opiniones ó intereses de su país, le había fatigado sin vencerle. El buen sentido inglés había sostenido á

Mr. Pitt, contra la oposición de Fox, tribuno de fama, ídolo del club. Aquella disposición pasagera de la opinión de la Inglaterra, en el momento en que Luis XVIII meditaba sobre su próximo gobierno en los jardines de Hartwell, era eminentemente propio para engañarlo sobre el espíritu de la Europa, y para inspirarle en el principio monárquico que abrigaba en sí, una fé exagerada, de que la Europa no participaría por mucho tiempo.

XXXVIII.

Sin embargo, sus ideas eran más avanzadas que todas las que le rodeaban en su soledad. Único hombre reflexivo, y exento de las preocupaciones de corte y de cuna de su hermano; de sus sobrinos, y de sus cortesanos, tenía una mirada á la altura del horizonte que se abría para él. Mas aislado, hubiera sido más libre y más fuerte: los que le rodeaban, le molestaban para pensar. Por complacencia y por debilidad se veía obligado á fingir con su familia y servidumbre, más odio y desprecio á la revolución, de lo que efectivamente sentía. En el fondo, estaba muy inclinado á perdonar una revolución que le restituyese el trono, y que se estendiese con él para consolidarle por el poder del nuevo espíritu. Su entendimiento se había rejuvenecido con la reflexión, á medida que su cuerpo envejecía con los años. Era un rey de lo pasado, pero era un hombre del siglo. Tenía recuerdos de rutina, y presentimientos de genio. La Providencia parecía haberle amoldado y reservado á propósito para enlazarse lo pasado con el porvenir, para concebir una restauración, y para frustrarla no por falta de inteligencia, sino por la falta de su nombre.

En su exterior se advertía la lucha que sostenía su

legislador, un conquistador, porque su reposo y magestad, alejaban toda semejanza con esas profesiones, que empalidecen y arrugan las facciones; diría, ¡es un rey!... pero un rey que no ha experimentado todavía las inquietudes y el cansancio del trono, es un rey que se dispone á reinar, y que ve por el lado mas lisongero, el trono, el porvenir y los hombres. Tal era el rey en Hartwell, la víspera del día en que la Providencia iba á buscarle al destierro para ceñirle la corona.

LIBRO ONCE.

El conde de Artois.—Su carácter.—Su situación en la corte y en Francia en 1789.—Su fuga de Versalles.—Sus viajes por Bélgica, Italia, Alemania y Rusia.—El conde de Artois y el conde de Provenza en Coblenza.—Su situación respectiva en la emigración.—Guerra contra la Francia.—El conde de Artois se retira á Inglaterra.—Sus manejos.—Parte para desembarcar en Bretaña.—Se queda en la Ile Dieu.—Su regreso á Londres.—Carta de Charette.—Tentativa de los emigrados de Londres contra el primer cónsul.—Muerte de madama de Polastron.—Dolor del conde de Artois.—Influencia de aquella muerte en el carácter y la política del conde de Artois.—El duque de Angulema.—El duque de Berry.—La duquesa de Angulema.—Su vida en el Temple.—Muerte de su hermano.—Sale de su prision y pasa á Alemania.—Su matrimonio en Mittau.—El duque de Orleans.—El principe de Condé.—El duque de Borbon.—El duque de Engbrien.—Su carácter.—Su amor.—Su vida en Ettenheim.—Napoleon le manda espíar.—Rapto del duque de Engbrien.—Le conducen á Estrasburgo.—Su carta á la princesa Carlota.—Su diario.—Es conducido á París y encerrado en Vincennes.

I.

El conde de Artois era mas jóven que su hermano Luis XVIII, pero aunque hubiera vivido un siglo, su talento habria sido mas jóven todavía. Aquel principe tenia una de esas naturalezas que no maduran jamás, porque solo tienen las cualidades y defectos de la primera edad. En su adolescencia el conde de Artois habia sido el ídolo de su familia, de la corte, y de París. Su belleza, sus